

LA CASA DE ABUELA

«En la mareta se ahogó un niño» es la frase que más escuché en boca de mi abuela. Mitad leyenda urbana, mitad amenaza encubierta para que no nos alejáramos de la casa cuando jugábamos fuera. Nos gustaba hacerlo en la parte de atrás, en la era reconvertida en patio de juegos, mientras abuela nos vigilaba desde la azotea. Unas veces tendía la ropa y otras, jareas.

Hoy es el último día que piso esta casa. Cinco hermanos que no se ponen de acuerdo sobre quién se la queda y la única solución es repartirse lo que den por ella. Paseo por las estancias con el único afán de recoger todos los recuerdos que duermen agazapados en las esquinas; no quiero que se me olvide ninguno aquí y se lo encuentre otra persona que no sepa qué hacer con él. Mi única compañía es la melodía rítmica de la gota de agua que cae de la destiladera y una punzada bajo el esternón.

Ya no habrá más casa de abuela. En unos meses se convertirá en un edificio de dos plantas y cuatro apartamentos. Los nuevos ya no harán pan en el horno de leña, no regarán las clavellinas que tanto mimaba ella ni sacarán las sillas al frente a la fresca de la tarde. En cambio, discutirán en una junta a quién le toca limpiar la escalera.

No le temerán a la mareta, aunque yo tampoco debí hacerlo nunca porque hace décadas que está seca.